

ANTONIO SKÁRMETA



Mili Rodríguez

## En las costas

## de Malicia

Skármeta crea un mundo aparentemente regido por sus propias leyes en una Europa de preguerra: todo sucede en una mínima isla con bordes míticos. En las ásperas costas de Malicia, en el Adriático, el escritor instala un espacio cerrado y pueblerino donde se anuncia la boda espléndida del acaudalado Jerónimo Frank —heredero de una estirpe de banqueros austríacos— y la chica más linda de la isla, Alia Emar.

El dorado enlace se convierte pronto en tragedia. Alia, vestida de novia, es sorprendida frente al espejo por Esteban Coppeta. Los inapelables ojos azules de Coppeta, son, definitivamente, la perdición. Una puerta al abismo.

Las metáforas de la isla son múltiples y por cierto llegan hasta nuestras costas (un mundo de ficción que se propone como isla, una isla que reinventa la estructura del mundo). Los personajes de *La boda del poeta* se mueven en el firme hilo de la trama con un presentimiento de destrucción: la sensualidad del encuentro entre los dos jóvenes, sumada a los malos presagios del almacén de Frank (un almacén que en el pasado fue espacio de otra boda y de una muerte) precipitan la historia. Las fuerzas del amor y de la guerra chocan a un ritmo cinematográfico, en la voz de un narrador pomposo y exterior, pero irónico, campante, lúcido.

La novela es el comienzo de una saga anunciada por Antonio Skármeta en que una estirpe de migrantes europeos son desplazados hacia Estados Unidos y a una lejana, fantásica, América del Sur. Algunos de ellos llegarán —como la propia familia del escritor— al norte de Chile. La capacidad de Skármeta de hacer vivir en el texto los amores y conflictos de los Coppeta y los Frank —dos constelaciones de historias y valores distintos y con más de un rasgo de caricatu-

ra— se revela como una marca del oficio.

### LA FICCIÓN COMO JUEGO

*La boda del poeta* es la ficción llevada a un extremo: la construcción de un espacio autárquico. Festiva y definidamente visual, esta literatura se postula como universal y popular, trasciende o rompe con “lo chileno”, recrea un improbable pasado, crea y borra sus propias huellas. El espacio y el tiempo son remotos, pero el humor y los sucesos hacen ese espacio y ese tiempo verosímil, y le plantean al lector un desusado juego de piezas que el autor maneja sin vacilaciones. En la novela de Skármeta la ficción se muestra como ficción, como juego. Y, sin embargo, la isla se despliega con su misterioso campanario, con su almacén señalado por la desgracia, con su gente dispuesta a la fiesta y a la guerra.

Los *maliciosos*, contra lo que “su mismo nombre indica”, son de una inocencia, de un candor casi perverso, mientras el narrador se parece algo más al Skármeta del *Show de los Libros* que al de *El ciclista del San Cristóbal*, *El cartero de Neruda* o *Matchball*. Quizás no solamente por la ironía amable y la pasión por los efectos, sino por un excesivo control sobre el mundo narrado, un excesivo saber sobre cada pieza que se mueve. La historia se precipita, las pasiones se desbordan, y, sin embargo, el mundo creado sigue allí: como un juguete prodigioso donde todas las piezas encajan, donde nada se sale del guión. La novela (obedientemente) comienza en un lugar de destino y llega a otro evidentemente prefijado. No hay turbulencias en este vuelo: no hay nubes, no hay nudos que no se puedan desatar. La rigidez de las piezas subyace en el fondo, y, sin embargo, la historia es memorable y hasta puede llegar a doler. Y dejar un rastro de arena, de noche, de cuchillos. **M**

\* Skármeta, Antonio: *La boda del poeta*. Editorial Sudamericana, 1999, 307 pp.